Capítulo XXVI

QUE ES LA GRACIA Y QUE HACE EN EL ALMA, SEGUN FRAY LUIS DE GRANADA Y FRAY LUIS DE LEON

135.—Antes de continuar exponiendo conceptos y bellezas sobre la gracia y sus sorprendentes efectos en el alma quiero llevar nueva alegría y poner más clara luz en mi alma y en la tuya, que me lees, copiando lo que escribieron fray Luis de Granada y fray Luis de León, maravillosos prosistas de la lengua castellana, aunque de muy diferente estilo, diciendo qué es la gracia y qué transformación hace en el alma.

Fray Luis de Granada, con suavísima prosa no inferior a ninguna y superior a todas, dice que la gracia

«... es una participación de la naturaleza divina, esto es, de la santidad, de la bondad, de la pureza y nobleza de Dios, mediante la cual des-

pide el hombre de sí la bajeza y villanía que le viene por parte de Adán y se hace participante de la santidad y nobleza divina despojándose de sí y vistiéndose de Cristo.

»Esto declaran los santos con un común ejemplo del hierro echado en el fuego, el cual, sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandeciente como el mismo fuego. De manera que permaneciendo la misma sustancia y nombre de hierro, el resplandor y el calor y otros tales accidentes son de fuego. Pues de esta manera la gracia —que es una cualidad celestial, la cual infunde Dios en el alma— tiene esta maravillosa virtud de transformar el hombre en Dios; de tal manera que, sin dejar de ser hombre, participa en su manera las virtudes y pureza de Dios como las había participado aquel que decía: *Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.* (San Pablo a los Gál., I, II, 20.)

»Gracia es otrosí una forma sobrenatural y divina, la cual hace al hombre vivir tal vida, cual es el principio y forma de do procede, que es también sobrenatural y divina. En lo cual resplandece maravillosamente la providencia de Dios, que así como quiso que el hombre viviese dos vidas, una natural y otra sobrenatural, así para esto le proveyó de dos formas, que son como las dos ánimas destas vidas, una para vivir la una y otra para vivir la otra.

»De donde así como del ánima —que es forma natural— proceden todas las potencias y sentidos con que se vive la vida natural, así de la gracia —que es forma sobrenatural— proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Santo con que se vive la otra vida sobrenatural (1).

»Verdaderamente, no hay en el mundo cosa de mayor espanto ni que cada día se haga más nueva a quien bien lo considera, que ver lo que en el ánima de un justo obra esta divina gracia. ¡Cómo la levanta! ¡Cómo la esfuerza! ¡Cómo la consuela! ¡Cómo la compone toda dentro y fuera! ¡Cómo la hace mudar las costumbres de hombre viejo! ¡Cómo le trueca todas las aficiones y deleites! ¡Cómo le hace amar lo que antes aborrecía y aborrecer lo que antes amaba, y tomar gusto en lo que antes le era desabrido y disgusto en lo que antes le era sabroso! ¡Qué fuerzas da para pelear! ¡Qué alegría! ¡Qué paz! ¡Qué lumbre para conocer la voluntad de Dios, la vanidad del mundo y el valor de las cosas espirituales, que antes despreciaba! La cual gracia podemos decir que es como unos espirituales hechizos de Dios (2).

»Porque después que aquella luz celestial (la gracia) ha tocado y esclarecido nuestros ojos, lue-

(1) Fr. Luis de Granada: *Guía de pecadores,* lib. 1, pt. 2, capítulo 14.

(2) Id., id, lib. 1, pt. 3, cap. 28, pf. 5.

go nace otra diversa y nueva faz a todas las cosas, con la cual se nos representan de otra muy diferente figura. Y así lo que poco antes parecía dulce, ahora te parecerá amargo» (3).

136.—Con lenguaje menos suave, pero más fuerte y viril y más apretado de conceptos llenos de teología, nos enseña fray Luis de León:

«La gracia venida al alma y asentada en ella, no al parecer, sino en el hecho de la verdad, la semeja a Dios y la da sus condiciones de El, y la transforma en el cielo, cuanto le es posible a una criatura, que no pierde su propia sustancia, ser transformada. Porque es una cualidad, aunque criada, no de la cualidad ni del metal de ninguna de las criaturas que vemos, ni tal cual son todas las que la fuerza de la naturaleza produce; que ni es aire, ni fuego, ni nacida de ningún elemento, y la materia del cielo y los cielos mismos le reconocen ventaja en orden de nacimiento y en grado más subido de origen... y es como un retrato de lo más propio de Dios.

»... La gracia es una como deidad y una como figura viva del mismo Cristo, que, puesta en el alma, se lanza en ella y la deifica, y, si va a decir verdad, es el alma del alma. Porque así como mi alma, abrazada a mi cuerpo y extendiéndose

(3) Id., id., lib. 1, pt. 2, cap. 11, pf. 1.

por todo él, siendo caedizo y de tierra y de suyo cosa pesadísima y torpe, le levanta en pie y le menea y le da aliento y espíritu, y así le enciende en calor que le hace como una llama de fuego y le da las condiciones del fuego, de manera que la tierra anda, y lo pesado discurre ligero, y lo torpísimo y muerto vive y consiente y conoce, así en el alma, que por ser criatura tiene condiciones viles y bajas, y por ser el cuerpo donde vive linaje dañado, está ella aún más dañada y perdida, entrando la gracia en ella y ganando la llave de ella, que es la voluntad, y lanzándosele en su seno secreto, y, como si dijésemos, penetrándola toda, y de allí extendiendo su vigor y virtud por todas las demás potencias del ánima, la levanta de la afición de la tierra y, convirtiéndola al cielo y a los espíritus que se gozan en él, la da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento y valor y alteza generosa de lo celestial y divino, y, en una palabra, la asemeja mucho a Dios en aquellas cosas que le son a El más propias y más suyas; y de criatura que es suya, la hace hija suya semejante; y finalmente, la hace un otro Dios así adoptado por Dios, que parece nacido y engendrado de Dios» (4).

Quiero aún poner otra explicación que fray

(4) Fr. Luis de León: *Los nombres de Cristo:* Príncipe de la Paz.

Luis de León nos da de la gracia en sus efectos ya gloriosos en el cielo, porque sirva para aclarar mejor lo que en parte ya he escrito y en parte más adelante escribiré.

«De allí en adelante —después de la resurrección gloriosa— toda el alma y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente a la gracia, la cual, así como será señora entera del alma, así mismo hará que el alma se enseñoree de todo el cuerpo. Y como ella infundida hasta lo más íntimo de la voluntad y razón, y embebida por todo su ser y virtud, le dará ser de Dios y la transformará cuasi en Dios, así también hará que lanzándose el alma por todo el cuerpo y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espíritu y cuasi le transforme en espíritu.

»Y así el alma, vestida de Dios, verá a Dios y tratará con El conforme al estilo del cielo; y el cuerpo, cuasi hecho otra alma, quedará dotado de sus cualidades de ella, esto es, de inmortalidad, y de luz, y de ligereza, y de un ser impasible; y ambos juntos, el cuerpo y el alma, no tendrán ni otro ser ni otro querer, ni otro movimiento alguno más que lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica» (5).

Estas hermosas y luminosas descripciones de

(5) Fr. Luis de León: *Los nombres de Cristo:* Rey de Dios.

la gracia y algunos de sus efectos expresados por plumas tan expertas, hacen una nueva impresión en el entendimiento y ponen nuevo entusiasmo en la voluntad para codiciar un bien tan superior a todos los criados, y han servido como de muy agradable descanso para el que escribe y para el que lee, animando a seguir en estudio tan alto y delicado y el más provechoso y aventajado.

CAPÍTULO XXVII

LA GRACIA, NATURALEZA SOBRENATURAL, DA AL ALMA OBRAR SOBRENATURAL

137.—Es frase muy afortunada y repetida, desde que la escribió San Agustín, *que como el alma es toda la vida del cuerpo, Dios es la vida feliz del alma* (1).

Y acabo de leer en el párrafo transcrito de fray Luis de León que *la gracia es el alma del alma*, o sea: la gracia es la vida sobrenatural del alma.

No veo ni puedo ver directamente mi alma con los ojos de mi cuerpo, ni la puedo palpar con el tacto de mis manos, porque mi cuerpo es material y mi alma es espiritual y lo material no tiene capacidad ni posibilidad para ver y tocar lo espiritual, ya que lo espiritual es por su esencia y

(1) *Del libre albedrío*, 2, 16, 41; *La ciudad de Dios*, lib. 19, capítulo 26, y *Confesiones*, 10, 22.

naturaleza invisible e intangible a los sentidos; no tiene color ni cuantidad.

Ni aun en el cielo puede el cuerpo ver a Dios directamente ni la propia alma. La visión directa de lo espiritual está fuera de la capacidad de la materia.

El alma verá directamente a Dios en su esencia y en sus perfecciones, en su magnificencia y en su gloria, cuando sea iluminada y levantada sobre su propio entender, después de la muerte, con *la luz de gloria.* Cuando el alma reciba esa luz de gloria, entrará en la dicha, empezará la felicidad del cielo ya para siempre viendo a Dios, entendiendo a Dios, estando en la posesión de Dios. Verá a Dios glorioso, y en Dios todos los seres y sus propiedades según sea la intensidad de la gracia y del amor de Dios.

Pero es el entendimiento, potencia operativa del alma, el que verá a Dios. La materia, el cuerpo, nunca puede ver a Dios directamente ni aun a la propia alma. El cuerpo será dichoso porque recibirá los efectos de la vida gloriosa del alma y lo será en la proporción y en la medida de la felicidad y de la gloria que tenga y goce el alma.

138.—Mientras llega ese momento dichoso y esa felicidad, vemos a Dios indirectamente por los efectos, como veo mi alma y el alma de los demás indirecta o reflejamente en los efectos. El estudio

de los efectos nos conduce con seguridad a la causa que los produce y a conocer muchas propiedades de la causa, pues los efectos no son superiores a la causa que los produce. Muchos hombres, pobres de inteligencia, no alcanzan a ver el alma por los efectos y la niegan, como no alcanzan a ver a Dios en lo maravilloso e inmenso del universo y en cada uno de los seres, y también le niegan. No hay efecto sin causa.

Mi cuerpo vive por mi alma. Existo, siento, veo y entiendo por mi alma. O procurando expresarlo con mayor claridad: mi alma es la que siente, y ve y entiende por medio de los órganos adecuados de mi cuerpo y por los sentidos. El ojo muerto y el oído muerto no ven ni oyen. Falta el alma. Miro por el anteojo o el telescopio; la combinación de sus cristales me acerca o aclara los objetos, pero no ven. Son mis ojos, es mi alma por los ojos la que ve. Es mi alma la que habla, la que piensa y ama. La materia no piensa.

139.—Con la teología recordé ya que la gracia divina produce en el alma un ser nuevo, o lo expresaré mejor diciendo que la gracia divina es en el alma el ser nuevo o la criatura nueva sobrenatural y da el obrar sobrenatural.

La obra sobrenatural del alma en gracia es el amor sobrenatural y son las virtudes sobrenaturales.

Cuando se recibe la gracia nada se percibe ni se ve al exterior ni en el cuerpo. Nada parece haber cambiado en el hombre. Las acciones son las mismas, como continúan las mismas inclinaciones del cuerpo. Tampoco desaparecen los vanos y altivos pensamientos del espíritu ni aun los desordenados y rebeldes. No ha cambiado ni el temperamento, ni el gusto, ni el deseo de estima y presunción, ni la apreciación y atracción de lo material en los objetos. Tampoco han desaparecido ni cambiado los apetitos ni las tentaciones.

Mas si miramos con los ojos de la fe en lo interior, en la sustancia del alma, en la médula misma del alma, sabremos que se ha obrado un cambio inmenso, una transformación radical, mayor que el que aprecian nuestros ojos al ver la diminuta semilla transformada en rosa esplendorosa y fragante o en exquisito y regalado fruto; mayor que el cambio que vemos en la oscuridad de la noche convirtiéndose en diáfana claridad del día por la luz del sol. Ha nacido en el alma el sol de la gracia y ha transformado en luz sobrenatural la oscuridad que antes tenía; ha nacido la nueva naturaleza sobrenatural y vendrán las flores hermosísimas de las virtudes sobrenaturales y los inestimables frutos del Espíritu Santo. Esta verdad, fundamento de la vida espiritual y aun moral, sólo podemos saberla por la fe, Dios la ha revelado.

La gracia de Dios, nueva criatura y nuevo ser

puesto por el mismo Dios en el alma, el amor especial de Dios regalado por el mismo Dios al alma, ha levantado y puesto al alma en un orden superior al natural en que vivía, la ha puesto en el orden sobrenatural. La gracia obrará en el alma como naturaleza sobrenatural de la misma alma para que obre obras sobrenaturales.

La gracia da al alma naturaleza sobrenatural para que produzca acciones sobrenaturales, como hija de Dios y con mérito de hija de Dios. La gracia produce el cambio inmenso, incomprensible en la tierra, haciendo de la vida natural vida sobrenatural y de las acciones naturales acciones y méritos sobrenaturales. La luz nueva, el vestido nuevo, la savia y vida nueva producen frutos nuevos, joyas nuevas, hermosuras y riquezas nuevas.

140.—La vida de la gracia es ya amar y obrar en orden a conseguir la vida eterna y aspirar a la posesión y gloriosa visión de Dios en el cielo que espera y en la felicidad no sólo natural, sino también en la felicidad sobrenatural, que Dios ha prometido y dará muy cumplidamente por encima de cuanto la inteligencia puede entender.

La gracia, con su vida nueva sobrenatural, va fortaleciendo, aun cuando insensiblemente, la voluntad. El desarrollo de la vida nueva sobrenatural va fortaleciendo el vigor y el orden de las potencias, va dominando y ordenando por las poten-

cias, los sentidos y dominando y encauzando los apetitos desordenados y las aviesas y amotinadas tentaciones.

La gracia hace florecer las virtudes, y el alma se goza en estas nuevas y ansiadas rosas. La fragancia del amor de Dios deleita ya al alma.

La gracia sobrenatural puesta por Dios en la esencia misma del alma, y dada como naturaleza sobrenatural, es el principio vital sobrenatural y la nueva naturaleza viva con vida de Dios, que produce acciones sobrenaturales y divinas, con mérito de cielo. La gracia divina es el obrar sobrenatural del nuevo ser sobrenatural, puesto por Dios.

La gracia ha levantado al alma y la da participación de la naturaleza de Dios. La gracia es la naturaleza sobrenatural de la vida sobrenatural del alma. Me lo enseña la fe. Es verdad no de raciocinio, sino sobrenatural, revelada por Dios.

Sólo Dios puede darla, pero quisiera darla a todos; para dárnosla nos ha criado, pero es necesario que el hombre quiera. Dios no violenta a nadie.

141.—Quisiera ahora de nuevo hacer presente y resaltar bien en mi memoria que la gracia santificante es una realidad sobrenatural permanente; es un ser físico, espiritual, sobrenatural, puesto por Dios en la esencia misma del alma; es el amor especial de Dios dado al alma y pues-

to en su esencia misma como en sustancia en la cual vive y obra haciéndola realmente participante, aunque de modo limitado, de la misma naturaleza, de la misma vida y demás perfecciones de Dios.

Por esta participación real de Dios, el alma se dice está deificada. Dios mismo es quien comunica y pone esta participación, porque el mismo amor de Dios es el productor de esa maravillosa obra, superior a toda la creación natural, y la hace para que el alma ame a Dios con amor sobrenatural, y aspire no sólo a la felicidad natural, como los demás seres vivientes, sino a la felicidad sobrenatural del cielo. Dios ha puesto en el hombre ansias sobrenaturales, de cielo; por eso no puede saciarla esto criado.

Es exigencia propia y necesaria del que da y pone amor, ser correspondido con amor o recoger amor.

Yo necesito de Dios para todo, hasta para estar existiendo. Dios no necesita de mí para nada. Dios pone su amor en mi alma para que mi alma le ame, y de ese modo pueda darme el cielo prometido, la felicidad sobrenatural eterna para la cual me ha creado.

El amor especial que Dios pone en mí me hace agradable a Dios, y comunicándome participación de la naturaleza de Dios, me hace hijo suyo. Este amor y esta gracia ponen en mí ese algo real so-

brenatural, que permanece en mí mientras no los pierdo. Este ser sobrenatural, que permanece en mi alma, es el principio vital sobrenatural y operativo de mis obras sobrenaturales; es el manantial sobrenatural que mana sobrenaturalidad en mis acciones todas; es la savia sobrenatural que produce las ramas y las hojas, las flores y los frutos sobrenaturales para la vida eterna. Esta vida y esta savia divina producen las virtudes sobrenaturales.

142.—Para entrar en la posesión de la vida eterna por la visión directa de la esencia de Dios me es necesaria la gracia divina, como fue necesaria a las mismas jerarquías angélicas.

No puede producirse un efecto sin una causa correspondiente ni puede ser la causa inferior al efecto producido. Carecería entonces de razón y de causa suficiente y eso es imposible. Sin la savia no crecen las ramas, ni las hojas, ni las flores, ni se dan frutos. Sin sangre que lleva la vida por los miembros del cuerpo y los comunica vigor, no hay movimiento ni puede permanecer la vida.

La gracia no se merece de rigurosa justicia con nada. La gracia supera todos los valores, todas las riquezas, todas las hermosuras. ¡Qué generoso y magnánimo es Dios dando la gracia a mi alma, levantando, enriqueciendo y hermoseando soberanamente mi alma!

Es el regalo sobrenatural de Dios a mi alma

levantándola a un orden superior al que la corresponde y muy por encima de toda la naturaleza ordinaria. Por esto la llamamos sobrenatural, que es sobre la naturaleza nuestra humana. Sobre la misma naturaleza natural angélica.

¿Qué diríamos si viéramos una hormiguita, una oveja o gallina, un jilguerillo que encerrado en la jaula revolotea y canta lleno de alegría, si de la noche a la mañana empezaban a hablar, y discurrían y nos daban razones y consejos? ¿Qué pasmo no sintió Balaán cuando oyó que la borriquilla que montaba hablaba razonablemente y le decía: «¿Por qué me pegas?» Ha pasado el hecho a la historia como verdadero milagro. Si oyéramos hablar a la hormiga, a la oveja, a la gallina o al jilguerillo, diríamos maravillados: «Esto no es conforme a su naturaleza. Esto supera a su naturaleza, está sobre su naturaleza.»

Sin comparación está más sobre mi naturaleza que yo participe de la naturaleza divina al ser hermoseado y enriquecido con la gracia divina, que el animalito sea enriquecido con el entendimiento para discurrir o con la facultad de hablar. Pues el animalito está más cerca del hombre, ya que pertenecemos al mismo género de animalidad, que el hombre está de Dios. Dios es el criador de toda naturaleza y el único sobrenatural por esencia. Del hombre a Dios hay infinita diferencia ni puede haber comparación ninguna, porque lo infinito no

puede compararse con lo criado. Y Dios infinito en toda perfección hace la maravilla de vestirme a mí y enriquecerme y embellecerme con su vida y perfección sobrenatural y me comunica de sus mismas perfecciones.

143.—Dios me ha criado para el orden sobrenatural, para darme felicidad sobrenatural, una felicidad superior a la que correspondía a mi naturaleza natural.

El alma humana no puede encontrar la felicidad como la encuentran los animalitos, en la posesión de los bienes materiales.

El último fin del hombre es un fin sobrenatural. El último fin del hombre es la posesión gloriosa del mismo Dios; llegar a tener el gozo y la vida gloriosa de Dios. Dios la tiene por su misma esencia. El hombre la tendrá por generosa comunicación de Dios. No es posible conseguirlo por medios naturales, ni pueden darlo los seres criados. Sólo Dios puede darlo y lo da por su gracia sobrenatural.

La gracia levanta al alma al orden sobrenatural y entonces puede ya el alma realizar las obras sobrenaturales. La vida sobrenatural, que es la gracia divina, realiza obras sobrenaturales. La gracia ha puesto naturaleza sobrenatural en el alma y ha establecido la proporción entre obra sobrenatural y causa sobrenatural. La causa sobrenatu-

ral produce el efecto también sobrenatural y recibirá el premio sobrenatural del cielo con la visión de Dios y en el gozo de Dios en compañía de los ángeles.

La gracia santificante es una cualidad dada por Dios e infundida en la misma esencia del alma, en la cual queda como naturaleza permanente. Queda real y físicamente en el alma aun cuando no siempre esté en operación actual. Levantar al hombre a esta sobrenaturaleza es más maravilloso que si por sí mismo volara con la libertad de los pájaros; es más admirable que si luciera como sol.

Dios pone esta nueva naturaleza sobre la propia, en lo hondo, en lo misterioso, en lo íntimo, en la esencia del alma como sol de luz divina para que transforme, ilumine y deifique todas las obras. Dios mismo se pone en el alma con especialísimo amor para ser vida del alma, amor del alma, sol divino del alma. Dios levanta al alma para hacerse El mismo uno con el alma y hacer del alma una con Dios en unión de amor íntimo y regalado, como veremos.

Y que se realice esta unión depende de mí, de mi voluntad, de mi determinación. Porque Dios me da su gracia, y quiere aumentármela hasta esa perfecta unión de amor; quiere poner su imagen bellísima y viva en mi alma si yo quiero y me determino a colaborar con su gracia.

Iluminada el alma con esta luz de Dios, y he-

cha sol de Dios, permanece en esa claridad y brillo si ella no quiere perderla. Este sol hermosísimo de Dios siempre brilla en el alma poniendo nuevo calor de amor y hermosura de cielo.

Con la gracia ha sido levantada el alma del estado de su ser natural a un estado inmensamente más perfecto. Ha sido puesta y vive el alma en estado sobrenatural. La omnipotente y misericordiosa mano de Dios ha hecho esa maravilla.

La gracia es el principio vital sobrenatural, que produce la savia divina del cielo y hace del alma un paraíso de virtudes y frutos de vida inmortal y eterna. La gracia es la naturaleza sobrenatural del alma, que realiza todas las acciones sobrenaturales y las vitaliza en esa vida y en ese orden sobrenatural.

144.—Me enseña la filosofía que la naturaleza es el ser que obra o es el principio de las operaciones. La naturaleza es la sustancia de vida que da vida.

El ser permanece siempre y es constante y estable mientras se tiene la existencia. La naturaleza es ese mismo ser produciendo y obrando en lo íntimo de su esencia según sus propiedades. Es la actividad que produce vida para el cielo, el manantial que salta hasta el cielo.

Como la gracia es el ser sobrenatural, la naturaleza de la gracia produce las acciones y las

obras sobrenaturales. La gracia es la cualidad permanente en el alma, que ha sobrenaturalizado al alma y la hace producir savia divina y sobrenatural para que tenga flores y frutos sobrenaturales y de vida eterna. Por la bondad divina las obras de la gracia son siempre de mérito sobrenatural y recibirán el premio sobrenatural y eterno prometido por Dios.

Esta naturaleza y esta vida sobrenatural, que es la gracia divina, no sólo no destruye la naturaleza natural, sino que al sobrenaturalizarla la perfecciona. La gracia, esta naturaleza sobrenatural, pone en el alma nuevas luces, nuevos deseos y conocimientos, nuevas fuerzas para superar la propia flaqueza y los defectos; para superar y enderezar las inclinaciones y los apetitos terrenos y hace brotar y crecer, aun cuando sea lentamente, las inclinaciones de cielo y de virtud. La gracia es vida y actividad sobrenatural.

La gracia endereza lo torcido, fortalece lo débil, limpia lo manchado, ilumina lo oscuro y levanta a naturaleza sobrenatural y a participar de Dios.

La gracia hace florecer todas las flores y rosas de la vida espiritual, embalsama con fragancia de cielo el alma y enciende las luces de la fe.

La gracia es el sol que ilumina y embellece la vida; constituye el *jardín floridísimo* del Espíritu Santo y el *huerto cerrado* enriquecido con los co-

diciados frutos del cielo. Hace del alma paraíso y morada o palacio de Dios que maravilla a los mismos ángeles.

Como el alma da la vida, el vigor, la habilidad y la fuerza al cuerpo, con los cuales el cuerpo trabaja, anda, piensa y ama, la naturaleza sobrenatural de la gracia da al alma la vida sobrenatural, el vigor, la fuerza y el amor de cielo para vencer los apetitos y pasiones desordenadas, para superar las tentaciones, para convertir el mal en bien y la fealdad moral en hermosura espiritual, para transformar un hombre arrastrado en el desorden en serafín lleno de virtudes y amor de Dios. La gracia guía la inteligencia del hombre para pensar en los bienes del cielo y la voluntad para amarlos.

La naturaleza de la gracia pone hermosura de ángel en el alma, ilumina las potencias con el encanto de las virtudes y viste al alma con el resplandeciente vestido del cielo que será vestido glorioso de eternidad.

La gracia es vida de Dios, poder de Dios, hermosura y amor de Dios en el alma.

La gracia cambia y transforma la oscuridad de la noche en la claridad del día de la felicidad eterna en el cielo, deifica el alma.

Capítulo XXVIII

LA GRACIA, VIDA DE DIOS, CAMBIA EN FORTALEZA LA FLAQUEZA DEL ALMA

145.—¡Qué misterio tan inescrutable hay entre mi naturaleza natural y mi naturaleza sobrenatural! Procuro examinarme a mí mismo y conocerme hasta en lo más íntimo y no logro descifrar este misterio con mi razón. Quiero ver en mí el modo de obrar de la gracia y cómo deshace las tinieblas y debilidades de mi pobre naturaleza y me lamento de mis caídas sin conseguir mi pretensión. Deseo, sin conseguirlo, el triunfo de mis deseos de practicar las virtudes con perfección y de ordenar mis obras y dar quietud y paz completa a mis desordenadas apetencias y aviesas inclinaciones, y que Dios por su gracia tome posesión de mí en todas mis potencias y sentidos. ¿Por qué, Dios mío, si me dais vuestra gracia, no po-

seo ya la presencia vuestra y no soy totalmente vuestro en todas mis acciones deseándolo como lo deseo muy por encima de todo otro deseo, y siendo ésta la aspiración a que me he consagrado? Pero ni los instintos de mi cuerpo me obedecen ni las altanerías, presunciones y locos sueños me dejan. Tengo que acudir a la fe.

Tu Apóstol San Pablo me expone angustiado estos mismos lamentos. *Yo mismo —me dice— no apruebo lo que hago; pues no hago el bien que amo, sino más bien el mal que aborrezco, ése lo hago.* Y me continúa enseñando con estos pensamientos: *Y en este lance no tanto soy yo el que obra aquello, cuanto el pecado o la concupiscencia que habita en mí. Que bien conozco que nada bueno hay en mí, quiero decir en mi carne. Pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla. Por cuanto no hago el bien que quiero; antes obro el mal que no quiero.*

Mas si hago lo que no quiero, ya no lo ejecuto yo, sino el pecado que habita en mí. Y así es que cuando yo quiero hacer el bien, me encuentro con la ley o inclinación contraria, porque el mal está pegado a mí. De aquí es que me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas al mismo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley de mi espíritu, y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Oh, qué hom-

bre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte o mortífera concupiscencia? Solamente la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo, Señor nuestro. Entre tanto, yo mismo vivo sometido por el espíritu a la ley de Dios; y por la carne a la ley del pecado (1).

Una y otra vez hace resaltar esta idea, como quien la pasaba y sabía que todos los hombres la pasamos y con su ejemplo quería alentarme al mismo tiempo que me enseñaba el misterio de la desordenada inclinación del cuerpo y el poder de la gracia.

Cuando se está pasando una afección de dolor o de alegría, se manifiesta reiteradamente casi sin darse cuenta. Por eso el Santo Apóstol me dice de nuevo en otra carta: *Y para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo o aguijón de mi carne, que es como un ángel de Satanás, para que me abofetee. Sobre lo cual tres veces pedí al Señor que le apartase de mí; y respondióme: Bástate mi gracia, porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza. Así que con gusto me gloriaré de mis flaquezas o enfermedades para que haga morada en mí el poder de Cristo... Pues cuando estoy débil, entonces con la gracia soy más fuerte* (2).

(1) *Rom.*, 7, 15, 25.
(2) 2 *Cor.*, 12, 7-10.

146.—Y tan fortalecido se sentía, a pesar de su debilidad e inclinación, que exclama triunfador y como gozoso confiando en Jesucristo: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* (3), y en otra epístola: *Por la gracia de Dios soy lo que soy y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí* (4).

La gracia de Dios y el amor especial de Dios, que levanta al alma a una naturaleza sobrenatural, la da también una fuerza sobrenatural, como ella es vida y naturaleza de Dios. La gracia fortalece al alma con esa vida para que pueda primero vencer las tentaciones o desordenadas rebeldías del alma y del cuerpo y más lentamente para que llegue a dominar con perfecto dominio y orden sus movimientos interiores y adquirir la serena paz de sus apetitos libre ya de sus molestias, acercándose más o menos a la justicia original, cuando el hombre antes del pecado del Paraíso tenía perfecto dominio de sí y de sus actos.

Vuelvo a recordar la comparación del alma y del cuerpo, pues tanta claridad me da para comprender lo que la gracia obra en mi alma: El alma da vida a la materia muerta. La piedra no siente, la tierra y el agua no sienten; los componentes químicos no sienten ni tienen vida alguna. Es el ser vivo, el principio vital quien hace vivir y sen-

(3) *Flp.*, 4, 13.
(4) *1 Cor.*, 15, 10.

tir y entender a la materia, según sea el principio vital que la anima. La tierra de suyo no se mueve, es pesada y tiende hacia el centro de gravedad que la atrae. Un cadáver no se sostiene en pie, ni se mueve, ni tiene fuerza, es pesado y difícil de manejar. Pero lo anima el alma y la materia se mueve y piensa; y corre el ciervo, y vuela el pájaro, y salta el león y la pulga y admira la fuerza del buey y del elefante.

El alma informa al cuerpo y el cuerpo se mueve y está ágil y resistente para desarrollar todos los movimientos que quiere la voluntad, y el cerebro discurre y ama y crea las ciencias y descubre los inventos. Es el alma quien da la vida y el movimiento y la fuerza. Es el alma la que discurre, piensa y ama, por medio de los órganos correspondientes, pero el alma es la vida de esos mismos órganos. Es el principio vital el que viste la rosa de hermosura y la azucena de blancura y de fragancia. Es el principio vital y es el alma quien cambia y transforma las propiedades de la materia.

Por semejante modo, pero más alto y más noble y delicado, la gracia es el alma de mi alma. La gracia es el ser sobrenatural que, informando mi alma, me la sobrenaturaliza para que yo, pobre mortal e inclinado al desorden, tenga obras, acciones, pensamientos y amores sobrenaturales.

La gracia dando nueva vida de aspiración a vida eterna, de participación de vida de Dios y de ver a Dios directamente en su esencia y de ser feliz con su felicidad, transforma y cambia mi condición de desorden, de apetitos y malas pasiones, de soberbia y presunción desmedida, en humildad, en amor de Dios, en mansedumbre y caridad, en vencimiento de mi amor propio y de mis apetitos abrazando la caridad y la mortificación.

La gracia transforma mi alma en sentimientos y deseos y fuerzas de cielo y de virtud. La gracia da la nueva vida sobrenatural a mi alma. La gracia ilumina mi alma con luz de cielo, y la hace florecer con belleza más variada y matizada y con fragancia más suave y delicada que todas las flores que admiramos y podemos soñar en los jardines más amenos y mejor cultivados.

Tú, Dios mío, has puesto en mi alma la nueva vida sobrenatural de tu gracia y de tu especial amor; Tú cambiaste e hiciste de ella vergel floridísimo en flores de virtudes y la transformaste en amenísimo edén y me das tu naturaleza sobrenatural, como al ángel, y tu misma hermosura y santidad. Todo es obra tuya por tu gracia.

147.—¡Y qué maravillas tan sorprendentes obra el alma con tu gracia y tu amor! Es cierto que mi ser y mi persona no cambian inmediatamente en el orden natural de obrar y de sentir.

Pero ya la fe viva me da el pensar santamente, el desear la virtud, y el esforzar y fortalecer mi voluntad para obrar el bien, el sostenerme para vencer mi mala o desordenada inclinación y obrar la santidad y buscar la vida interior. Al principio hago todo esto con grande esfuerzo. Cuando el alma se esmera en vencerse para hacer, ¡oh Señor!, tu voluntad y te busca a Ti en la vida interior, en el cumplimiento de su deber y alejándose de la disipación y vanidad mundana, ya lo realiza muy gustosa y tiene sus gozos espirituales, mucho más deliciosos que los corporales e imaginativos, en ofrecerte el holocausto agradabilísimo de sus sacrificios y mortificaciones y el delicioso perfume de sus amores y de sus aspiraciones.

No son, es verdad, gozos de cuerpo, sino deleites mucho más subidos y agradables de espíritu, renunciando lo que antes amaba y buscaba y abrazando lo que antes rehuía. La gracia ha cambiado y fortalecido el alma y la ha dado mirar y entender sobrenatural, y la esperanza pone sabor de vida eterna y deleite de Dios, que es deleite de cielo con el cual no tienen comparación los del cuerpo ni los del mundo.

La gracia de Dios ha hecho y está haciendo continuamente en las almas los heroísmos que nos narra la historia y continuamente vemos; son heroísmos contrarios a lo que pide el cuerpo y a la aspiración humana, pero son fruto apreciadísimo

de la sabiduría y del poder de la gracia y del amor de Dios. Poseen esta sabiduría y este poder no los sabios, sino los santos.

La gracia es la santidad. La gracia ha hecho este milagro y ha dado este heroísmo.

¡Qué heroísmos hace la gracia y los hace continuamente en todos los tiempos y en todas las clases sociales! ¿Quién dio la fortaleza a los mártires para sufrir los más cruentos tormentos antes que perder la gracia? ¿Quién les daba en los sufrimientos aquella alegría inexplicable a los jueces que les condenaban a cuantas torturas podían imaginar y admiraba a los verdugos que les atormentaban? ¿Quién, sino Dios con su gracia, les ponía deseos de abrazarse con los tormentos para confesar a Dios e ir al cielo? ¿Quién, sino Dios con su gracia, cambiaba los dolores en alegrías y les enseñaba a mirar al cielo y a morir cantando entre las llamas o suplicios? Estos hechos extraordinarios de Dios por su gracia convertían a veces a los mismos verdugos y tiranos, que abrazaban la fe hasta dar su vida por Dios.

¿Quién enseñó en los siglos pasados y enseña en nuestros tiempos como en todos a renunciar y dar a Dios en los pobres o en los a Dios consagrados los bienes terrenos y dejar los halagos de la fama y del cariño para abrazarse con la pobreza, y el sufrimiento y la vida oculta para imitar a Jesucristo y vivir consagrados a Jesucristo?

¿Quién enseñó a San Arsenio a dejar sus inmensas riquezas y deslumbrantes honores y marcharse a la soledad del desierto y vivir en pobreza, abstinencia, silencio y mortificación y soledad como Dios le había indicado? ¿Quién sino la gracia de Dios le inundó en su soledad de aquellos consuelos angélicos, anticipos de los celestiales, y que le pagaban en más subida moneda los bienes y honores renunciados por Dios? ¿Quién enseña y fortalece actualmente a tantas doncellas que posponen la belleza y las riquezas y regalos que tenían en sus casas para consagrarse en una vida angélica en los claustros y vivir abrazadas a la cruz y crucificadas con Cristo? ¿Quién pone el heroísmo y la sabiduría de despreciar la vida muelle y regalada y los pasatiempos y diversiones sociales por la vida pobre y anónima del claustro y permanecer muy gozosas escondidas en Jesucristo? La gracia de Dios las abre el pecho de Dios para darlas morada en El e inundarlas en las delicias de su infinito y celestial amor. La gracia de Dios las adentra en el paraíso de la oración y de la vida interior regalándolas con los inigualables frutos del mismo Dios, que tienen sabor de cielo. También los varones lo hacen y sacrifican su porvenir; pero son más generosas y numerosas las mujeres.

La gracia de Dios las enseñó y dio las fuerzas

para estar crucificadas con Cristo (5) y poder decir con gozo de ángeles: *Ya no vivo yo, Cristo vive en mí* (6)

Más adelante veremos qué son esos gozos y alegrías, fruto de la gracia.

(5) *Gál.*, 5, 24.
(6) Id., 2, 20.

Capítulo XXIX

VITALIDAD DIVINA QUE LA GRACIA COMUNICA AL ALMA

148.—Yo —mi flaqueza y mi nada—, con la mano omnipotente de Dios, que me tiene, con la vida sobrenatural que Dios me ha comunicado de su misma vida, puedo también decir: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta.* En la fortaleza que a mi flaqueza comunica el poder de Dios, se ve más claramente su bondad y su omnipotencia.

David me enseña a ser agradecido en mi reconocimiento: *La diestra del Señor hizo proezas; la diestra del Señor me ha exaltado; triunfó la diestra del Señor. No moriré, sino que viviré y publicaré las obras del Señor* (1). *La mano del Señor me conducirá y me hallaré en el poder de tu diestra* (2). Dios quiere obrar en mí el milagro

(1) Sal. 117, 16-17.
(2) Sal. 130, 10.

más portentoso o la maravilla más sorprendente. ¿No he de obrar yo y poder lo que obraron y pudieron los santos? ¿No lo hicieron los santos con la gracia de Dios, la cual también me da a mí?

¿Cuándo florecerá en mí la rosa de la santidad? ¿Cuándo se abrirá la azucena de mi alma y aparecerá su blancura difundiendo fragancia de Dios? ¿Cuándo daré lugar a que el Espíritu Santo haga de mi alma el vergel florecido con las hermosísimas flores de las virtudes y lleno de fragancias de divino amor? ¿Cuándo será el momento en que ya pueda decir: *Mi nardo dio su olor?* (3). ¿Cuándo derramaré yo mi perfume a los pies del Señor y se llenará la casa de mi alma de fragancia de cielo?

Yo solo nunca lo conseguiré. Debo tener confianza de conseguirlo; es Dios quien da la vida y hace crecer las plantas y desarrollar los cuerpos. Dios embellece con fertilidad la naturaleza y el alma espiritual vale mucho más que la naturaleza externa y Dios cuida de ella con más predilección.

Yo nada puedo. Los héroes de las virtudes y de la santidad expresaban su convencimiento de que nada podían. Jesús dijo a sus Apóstoles: *Sin mí nada podéis hacer* (4). Los Apóstoles, no pudiendo nada, lo pudieron todo. Los santos, no

(3) *Cant.*, 1, 11.
(4) Jn., 15, 5.

pudiendo nada, lo pudieron todo. Dios me da a mí, como les dio a ellos, su gracia para que pueda vivir las virtudes y la santidad como ellos pudieron y de hecho las vivieron. Yo todo lo puedo, como lo podía San Pablo, pues lo podía con la gracia, que también me la da a mí el Señor y como a él dice a mi impotencia: *Te basta mi gracia* (5). ¿Es que yo soy de distinta naturaleza que San Pablo? ¿Es que la gracia de Dios ya no es poderosa para obrar en mí la santidad?

Pero la gracia exige de mí la cooperación, mi esfuerzo y mi determinación.

149.—El evangelista San Juan narra con deliciosa sencillez el milagro del paralítico: junto a la piscina probática *estaba un hombre que hacía treinta y ocho años se hallaba enfermo. Como Jesús le viese tendido y conociese ser de edad avanzada, dícele: «¿Quieres ser curado?»*

—Señor —respondió el doliente—, no tengo una persona que me meta en la piscina así que el agua está agitada; por lo cual, mientras yo voy, ya otro ha bajado antes.

Dícele Jesús: «Levántate, coge tu camilla y anda.» De repente se halló sano este hombre; y cogió su camilla e iba caminando (6).

(5) 2 *Cor.*, 12, 9.
(6) Jn., 5, 5-9.

Aquel hombre que había estado treinta y ocho años esperando para ser curado, oye la palabra de Jesús y recibió la fuerza y robustez y la completa salud de sus miembros y pudo coger su camilla entre la admiración de todos y llevársela. Le llegó el momento y pudo. Dios le dio las fuerzas para poder.

Sin Mí nada podéis hacer, pero con la vida de Dios todo lo podemos.

El mismo Jesús me enseña por una comparación ordinaria y preciosa cómo me da la vida: *Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid; así tampoco vosotros si no estáis unidos Conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos* (7).

Jesucristo puso comparaciones de las cosas que todos veían y conocían. La vid como la higuera se da en abundancia en toda Palestina como en esta tierra. Los pámpanos y sarmientos son la belleza de la viña. Los sarmientos crecen verdes, tupidos y hermosos y dan los racimos. El sarmiento nace y crece en la cepa. El pámpano con sus hojas espléndidas y sus racimos jugosos y agradables nace y crece en la cepa y de la cepa recibe la savia y la vida. Jesucristo me dice: Yo soy la cepa, y te comunico la vida. Mi vida es tu vida. Yo te doy el vigor y la frondosidad y el copioso y exquisito fru-

(7) Jn., 15, 4-5.

to. Tú recibes tu vida de mi vida. Tú vives y puedes con mi poder y con mi vida. Yo te la comunico. Por esta vida eres Yo u obras mis obras.

¡Qué mundo de luz, de ilusión, de realidad superior a toda comprensión! Vivo la vida sobrenatural. La gracia me la da. La gracia es la vida de mi alma. La gracia es la vida de Dios y el amor de Dios y da la vida a mi alma. Vivo y participo de la infinita bondad de Dios, de la inmensidad y sabiduría de Dios. Dios es más vida mía que mi propia vida natural. El Padre y el Hijo y el Espíritu Santo están en mí, viven amorosamente en mi alma y están hermoseándola con frutos y flores de vida eterna. El Padre y el Hijo y el Espíritu Santo ponen nueva fortaleza en las potencias de mi alma para que yo entienda y quiera y ame a Dios como le aman los ángeles y en Dios mire y ame todas las cosas como las miran y las aman los ángeles.

Mira en ti, alma mía, cómo Dios te hace jardín de toda belleza. Mira cómo hace florecer en ti las flores y los frutos más preciados y estimables que los que crecían y adornaban el paraíso terrenal. Alaba a tu Dios y gózate en El, porque quiere embellecerte y enriquecerte cada día más para que embalsames el mundo en perfume de cielo por la santidad. Dios quiere hacerte, aun viviendo en la tierra, ángel de hermosura y esplendor. Dios quiere que continuamente crezcas en esa beldad y encanto, y seas admiración de todos por la santidad.

Sé fiel y corresponde a esta merced del Señor y te dará su poder y fortaleza para que digas como San Pablo: Ya todo lo puedo en Aquel que se ha hecho vida y amor mío y me ha unido a Sí mismo. Soy de Dios. Dios es mío.

Dios nos quiere hacer santos y muy santos como El es santo.

Dios quiere que tengamos confianza en El y nos dará tanta gracia y tanta santidad cuanta sea la confianza que tengamos de ser santos y digamos con el poeta místico: En esperar no fui falto.